

ALMOGAREN

44-45/2013-2014



 **IC**
INSTITUTUM CANARIUM

 **ICDIGITAL**

Separata 44-45/6



Eine PDF-Serie des Institutum Canarium
herausgegeben von
Hans-Joachim Ulbrich

Technische Hinweise für den Leser:

Die vorliegende Datei ist die digitale Version eines im Jahrbuch "Almogaren" gedruckten Aufsatzes. Aus technischen Gründen konnte – nur bei Aufsätzen vor 1990 – der originale Zeilenfall nicht beibehalten werden. Das bedeutet, dass Zeilennummern hier nicht unbedingt jenen im Original entsprechen. Nach wie vor unverändert ist jedoch der Text pro Seite, so dass Zitate von Textstellen in der gedruckten wie in der digitalen Version identisch sind, d.h. gleiche Seitenzahlen (Paginierung) aufweisen. Der im Aufsatzkopf erwähnte Erscheinungsort kann vom Sitz der Gesellschaft abweichen, wenn die Publikation nicht im Selbstverlag erschienen ist (z.B. Vereinssitz = Hallein, Verlagsort = Graz wie bei Almogaren III). Die deutsche Rechtschreibung wurde – mit Ausnahme von Literaturzitaten – den aktuellen Regeln angepasst. Englischsprachige Keywords wurden zum Teil nachträglich ergänzt. PDF-Dokumente des IC lassen sich mit dem kostenlosen Adobe Acrobat Reader (Version 7.0 oder höher) lesen.

Für den Inhalt der Aufsätze sind allein die Autoren verantwortlich.
Dunkelrot gefärbter Text kennzeichnet spätere Einfügungen der Redaktion.

Alle Vervielfältigungs- und Medien-Rechte dieses Beitrags liegen beim
Institutum Canarium
Hauslabgasse 31/6
A-1050 Wien

IC-Separatas werden für den privaten bzw. wissenschaftlichen Bereich kostenlos zur Verfügung gestellt. Digitale oder gedruckte Kopien von diesen PDFs herzustellen und gegen Gebühr zu verbreiten, ist jedoch strengstens untersagt und bedeutet eine schwerwiegende Verletzung der Urheberrechte.

Weitere Informationen und Kontaktmöglichkeiten:
institutum-canarium.org
almogaren.org

Abbildung Titelseite: Original-Umschlag des gedruckten Jahrbuches.

Inhaltsverzeichnis

(der kompletten Print-Version)

Carmen Díaz Alayón & Francisco Javier Castillo: Estudio de la lista de voces prehispánicas de Juan Bautista Lorenzo Rodríguez	7
Robert G. Bednarik: Archaeology and rock art science	57
Hans-Joachim Ulbrich: Bibliographie der Ilhas Selvagens (Portugal) – Addenda II	73
Rudolf Franz Ertl: Neue Donaureiter-Bleivotivtafeln entdeckt	99
Arnaud F. Lambert: Megaliths and the Early Mezcala Urban Tradition of Mexico	135
● Xavier Li Tah Lee Lee: Canarias: destino didáctico de la expedición de Martín Rikli y Carl Schröter	147
Alain Rodrigue: The rock engravings of Tighremt n'Ouazdidene (High Atlas, Morocco)	167
Andoni Sáenz de Buruaga: Grabados rupestres de hachas de "tipo Metgourine" en el entorno artístico de Lejuad (Tiris, Sahara Occidental)	173
Marcos Sarmiento Pérez: La estancia de Nikolay Nikolajevitsch Mikloucho-Maclay en Lanzarote en 1866-67	203
Franz Trost: Der Nil als Grenze zweier Landmassen	223
Hans-Joachim Ulbrich: Die kanarischen Ureinwohner in der Cosmographia (1544) des Sebastian Münster	249
Hartwig-E. Steiner: Zeichen des Vogelmann-Kultes der Osterinsel in den Höhlen auf Motu Nui / Polynesien	269

Zitieren Sie bitte diesen Aufsatz folgendermaßen / Please cite this article as follows:

Lee Lee, Xavier Li-Tah (2014): Canarias: destino didáctico de la expedición de Martin Rikli y Carl Schröter.- *Almogaren* 44-45/2013-2014 (Institutum Canarium), Wien, 147-165

Xavier Li Tah Lee Lee*

Canarias: destino didáctico de la expedición de Martin Rikli y Carl Schröter

Keywords: Martin Rikli, Carl Schröter, Canary Islands, academic expedition, botanical excursions

Resumen:

Este trabajo se ocupa de la visita a Canarias que en 1908 realizó una expedición académica dirigida por Martin Rikli y Carl Schröter, docentes de la Escuela Politécnica Superior de Zúrich. Se comentan algunos aspectos menos conocidos sobre la organización de aquel viaje y las excursiones realizadas en las islas de Gran Canaria y Tenerife, que aclaran y subrayan el carácter didáctico de aquel evento.

Zusammenfassung:

Vorliegende Arbeit befasst sich mit einer akademischen Expedition, die 1908 unter Leitung der am Zürcher Polytechnikum tätigen Dozenten Martin Rikli und Carl Schröter die Kanaren besuchte. Es werden einige weniger bekannte Aspekte zur Organisation der Reise und den auf Gran Canaria und Teneriffa unternommenen Ausflügen besprochen, die den didaktischen Charakter dieser Expedition erläutern und unterstreichen.

Abstract:

This paper deals with an academic expedition which in 1908 visited the Canary Islands under the guidance of Martin Rikli and Carl Schröter, both teachers at the Polytechnic Institute of Zurich. Some less known aspects, which explain and underline the didactic nature of this expedition, concerning the organization of the journey as well as excursions undertaken in Gran Canaria and Tenerife are presented.

1. Introducción

El 15 de marzo de 1908 un grupo de 34 académicos, mayoritariamente alemanes y suizos, se reunía en la estación de trenes de Ginebra para iniciar una expedición cuyo destino principal eran las Islas Canarias. Aquel evento conocido también como la expedición de la Escuela Politécnica Superior de Zúrich ocupa un lugar especial dentro de la historia de viajeros científicos germanoparlantes a las Islas (1), como trataremos de explicar en las siguientes

*Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

páginas. Como viaje de grupo se enmarca dentro de una tradición que había comenzado, como bien es sabido, con el célebre naturalista Alexander von Humboldt, que visitó Tenerife en 1799 acompañado por el médico y botánico francés Aimé Bonpland, a los que siguieron en 1815 el geólogo Leopold von Buch y el botánico noruego Christen Smith. Algo más numerosa fue la expedición que en 1865 llevó al zoólogo Ernst Haeckel, acompañado por su colega Richard Greef y dos estudiantes, el suizo Hermann Fol y el ruso Nikolai Miklujo-Maclay, a Tenerife y Lanzarote (2). Otro precedente, aunque menos conocido, fue la estancia en 1873 de los naturalistas Georg Hermann Grenacher y Friedrich Carl Noll. El elevado número de los participantes en la expedición de la Politécnica de Zúrich hace que esta culmine, en cierto modo, la evolución ascendente de viajeros científicos provenientes del ámbito germano, comenzada a finales del siglo XVIII y que se intensificó a partir de mediados del siglo XIX. Ciertamente es que entre 1884 y 1885 echaron anclas en aguas tinerfeñas las corbetas *Helgoland*, *Zrinyi* y *Albatros*, pertenecientes a expediciones enviadas por la marina austrohúngara, y que en 1889 lo hizo la del *Valdivia* dirigida por el zoólogo Carl Chun, todas ellas con mayor número de participantes. Sin embargo, en dichas ocasiones Canarias suponía una mera escala, mientras que la expedición de la Politécnica fue en su momento la más numerosa de las provenientes del ámbito germanoparlante en elegir las Islas como su destino principal.

Otra faceta que incide aún más en la particularidad de esta expedición es la finalidad primordialmente didáctica que la caracteriza y que la distingue de sus precursoras. En los albores del siglo XX, la flora, el clima y la geología de las Canarias constituían algo bastante conocido gracias a una extensa literatura académica procedente de las plumas de viajeros científicos germanos del siglo anterior. Esto, lejos de mermar el interés por las Islas, les confirió el aura de un objeto de estudio por excelencia con un nuevo atractivo, pues se trataba de visitarlas no con ánimo de necesariamente hacer nuevos descubrimientos, sino de contemplar in situ lo descrito en los textos de eminentes naturalistas, como reflejan las palabras de Eugen Bolleter (1909: 29), uno de los expedicionarios, al avistar desde el barco, que se aproximaba a Tenerife, los contornos del Teide:

Ya en el colegio pronunciábamos con veneración el nombre de esta pirámide en el Océano y calculábamos la distancia de su radio de visión; después aprendimos que él representa un ejemplo clásico de volcán y montaña que, en la más bella de las maneras, despliega todas las zonas de vegetación [...] o leímos los apasionantes relatos de los que habían subido al Pico como Alexander von Humboldt o Haeckel, entre otros. Y, ahora, ante nuestros ojos emergía de las olas del Océano Atlántico [...] (3).

El de la Politécnica es ante todo un viaje de estudios, es decir, una expedición con fines didácticos dirigida a estudiantes universitarios, pero también a docentes y catedráticos, que además podían hacer las veces de tutores especialistas en sus correspondientes campos durante el viaje. Coincide, asimismo, con una época de reformas y cambios de metodología en las universidades del ámbito teutón. La proliferación de viajes didácticos en el marco de la formación universitaria ha de verse como parte de ese proceso, como señala Martin Rikli, uno de los directores del viaje a Canarias (1912: III):

Algunas universidades llevan varios años organizando viajes de estudios científicos, especialmente botánicos, a los países del Mediterráneo. Estas excursiones didácticas suelen llevarse a cabo en primavera y gozan de activa participación tanto por parte de profesores como de estudiantes, prueba de que responden a una demanda real y de que pronto podrían adquirir carácter fijo. De hecho, entre el profesorado ya está despertando el interés por viajes de este tipo, que, atendiendo a las distintas necesidades, no se enfocarían exclusivamente a las Ciencias Naturales, sino que también incidirían algo más en cuestiones puramente etno-geográficas e histórico-culturales.

Esta vertiente didáctica hace que la expedición de la Politécnica se diferencie sustancialmente de los viajes científicos germanos a Canarias en siglo XIX; culmina, por tanto, aquella tradición al tiempo que abría una nueva etapa. Canarias se convirtió así en parte central de la programación didáctica organizada por docentes de una ya entonces prestigiosa institución universitaria. No obstante, los estudios dedicados a aquella visita hasta ahora habían sido más bien escasos y dejaban sin aclarar muchas cuestiones, por lo que consideramos de interés divulgar algunos aspectos desconocidos hasta ahora (4).

2. El marco institucional del viaje

La expedición suiza a Canarias siempre aparece estrechamente vinculada a la Escuela Politécnica Superior de Zúrich, como sucede, por ejemplo, en los numerosos artículos de la prensa local canaria que sobre el evento se publicaron en su momento y en los trabajos de investigación que hemos mencionado antes. Sin embargo, poco se sabe sobre cómo y en qué medida se produjo la implicación oficial por parte de dicha institución. La única mención que se encuentra en los relatos e informes de viaje escritos por miembros de la expedición sobre un posible apoyo institucional se manifiesta en una breve alusión de Carl Schröter (2007 [1909]: 106), codirector del viaje, cuando en su prólogo comenta «Quiero agradecer aquí al Alto Consejo Escolar Suizo por su contribución económica a través del Fondo Barth». Detrás de ese 'Alto Consejo Escolar Suizo' –según la traducción de Lázaro Sánchez-Pinto– se esconde el

«Schweizerische Schulrat», órgano directivo de la estructura institucional de la Politécnica, al que preferimos llamar 'Consejo de Gobierno' por ajustarse terminológicamente algo más al contexto universitario. En el caso particular de la Politécnica, destaca por situarse en la cúspide de la jerarquía orgánica, encima incluso de la figura del rector. Las sesiones de trabajo, así como las resoluciones de este órgano y de su presidente, están minuciosamente recogidas en las actas del Consejo de Gobierno (*Schulratsprotokolle*) y nos supusieron una fuente de inestimable valor para comprender cómo se produjo esa aportación económica a la que se refiere Schröter. De dichos documentos se deduce que ciertamente hubo tal subvención institucional: el montante ascendió a un total de 1.400 francos suizos que se asignaron en dos partidas como demuestran las respectivas resoluciones de las sesiones celebradas el 21 de diciembre de 1907 y el 21 de febrero de 1908. También sobre la procedencia exacta de esas cantidades nos informan estos documentos. Una pista nos la daba el propio Schröter al mencionar el «Fondo Barth»; las Actas, en efecto, nos confirman que parte de esos 1.400 francos, concretamente 1.100, procedían de una fundación con el nombre oficial Fundación Albert Barth (*Albert Barth-Stiftung*). Aunque no lo mencione Schröter, se nos informa además de que los restantes 300 francos pertenecían a una aportación proveniente de otra fuente, la Fundación Huber (*Huber-Stiftung*). Ambas fundaciones tuvieron su origen en respectivos legados hechos a favor de la Politécnica por los empresarios suizos Albert Barth y Hans Huber. Todo el procedimiento legal y administrativo conducente a la aceptación formal de los legados está reflejado en las Actas (5). Cabe destacar que los estatutos de estas fundaciones especifican que entre sus finalidades principales se encuentra el fomento de los viajes de estudios.

Pero la vinculación de la expedición con la Politécnica naturalmente también se debe a la circunstancia de que fueran dos docentes de aquella institución sus responsables: Martin Rikli (1868-1951) y Carl Schröter (1855-1939). La literatura académica (6) suele atribuirle la dirección del viaje exclusivamente a Martin Rikli, puesto que se basa exclusivamente en el informe de viaje de Schröter (2007[1909]: 21), quien ahí se expresa en tales términos. Otro tanto sucede en la prensa local de la época, donde Schröter prácticamente no aparece. Sin embargo, los testimonios dejados por otros miembros de la expedición (cf. Künzli 1909: 1; Bolleter 1909: V; Gutzwiller 1909: 2), revelan que los dos se compartieron las tareas de preparación y de dirección de la expedición. Las actas del Consejo de Gobierno le reservan incluso una mayor responsabilidad a Schröter como se desprende, por ejemplo, de la resolución del Consejo de Gobierno del 21 de febrero de 1908 y la corres-

pondiente entrada en el registro temático donde aparece él como docente encargado de aquel viaje de estudios. Más allá de estos aspectos puntuales, las Actas nos transmiten, además, una idea de cuál era la relación entre Rikli y Schröter. En el momento del viaje a Canarias, Carl Schröter ya era un catedrático veterano de la Facultad de Botánica, mientras que Rikli ejercía aún como docente sin plaza propia y compartía las clases con su trabajo como conservador de las colecciones botánicas de la Politécnica, al frente de las que estaba precisamente Schröter. Ahora bien, el diseño del itinerario demuestra que Rikli, sin duda, fue el iniciador principal del viaje a Canarias, pero innegable es también la labor de Schröter en las gestiones administrativas, la obtención de subvenciones y la coordinación didáctica durante el viaje. Las palabras de Schröter asignándole a Rikli todo el protagonismo en la dirección del viaje han de entenderse ciertamente como un gesto de modestia y sincero apoyo a un joven colega en la etapa inicial de su carrera académica. La relación que los unía queda perfectamente plasmada en las palabras del propio Rikli (1948: III):

[...] entablé estrecha relación con el Dr. Carl Schröter, un catedrático de personalidad extraordinaria y fascinante, a su manera, y entusiasmado con su especialidad. Al principio, fue mi profesor; después, mi jefe; y, por último, colega y amigo mío.

3. La elección de Canarias como destino didáctico

La inclusión de Canarias en la programación de viajes botánicos de la Politécnica es el resultado de una paulatina expansión geográfica de la exploración, con fines didácticos, de la flora mediterránea. Los iniciadores de este tipo de actividades, y que le sirvieron de ejemplo a Martin Rikli, fueron el francés Charles Flahault (1853-1935) y el suizo Robert Chodat (1865-1934), ambos catedráticos de botánica respectivamente en la universidad de Montpellier y en la de Ginebra. El primero comenzó a finales del siglo XIX con lo que eran al comienzo poco más que excursiones didácticas algo más largas en los alrededores de Montpellier; las distancias fueron aumentando paso a paso hasta llegar a la zona pirenaica española a comienzos del siglo XX. El segundo empezó emprendiendo incursiones botánicas con sus alumnos en la Riviera francesa; el radio geográfico de los destinos fue también incrementando hasta llegar a Mallorca y, en 1905, a la costa levantina española en un viaje de tres semanas con quince participantes, entre los que se hallaba Rikli.

En 1906, el propio Rikli, influenciado por la efectividad didáctica del viaje con Chodat, organizó un viaje de estudios para estudiantes y profesores de la Politécnica en el que participaron 25 personas y que tuvo como destino Ma-

llorca y el sur de España, con diversas etapas desde Alicante hasta Granada y Córdoba. La estela de los itinerarios de Chodat es fácilmente reconocible en los primeros viajes diseñados por Rikli. Sucedió así también en el viaje a Canarias dos años después, cuyas etapas –en el trayecto de ida– a lo largo del Levante peninsular español recuerdan a los itinerarios previos. La inclusión de Canarias, sin embargo, supuso un reto totalmente nuevo, pues comportaba un salto sustancial más allá de los límites geográficos europeos. Didácticamente, el viaje a las Islas representaba, al mismo tiempo, una coronación de las expediciones botánicas en las costas mediterráneas europeas cuando, bajo la batuta de Rikli y Schröter, llevó a los estudiantes al encuentro de la flora canaria, superviviente de la vegetación terciaria mediterránea.

En cuanto a la realización del trayecto hasta Canarias propiamente dicho, es la existencia de una red ferroviaria continental ya bastante desarrollada y la disponibilidad de diversas conexiones marítimas entre la Península y el Archipiélago, lo que hizo viable el desplazamiento de un significativo número de académicos en un periodo de tiempo que debía permitir la reincorporación de los docentes a sus obligaciones lectivas y los estudiantes a sus clases; al mismo tiempo debía ofrecer un intenso programa de visitas. Los directores desearon intencionadamente una vía directa hasta las Islas y optaron por el vapor *Villaverde* que salía desde Barcelona y que hacía tres escalas en la Península –Valencia, Alicante y Cádiz–, lo que se ajustaba a los objetivos programáticos de estudiar las relaciones fitosociológicas del litoral levantino así como los efectos antropogénicos en el paisaje con excursiones destacadas a la Huerta y el Palmeral de Elche, de manera parecida a los viajes de estudios previos. Las escalas marroquíes en Tánger, Casablanca, Mazagán y Mogador tuvieron un gran impacto entre los participantes, y, si bien la inestabilidad política del momento desaconsejó la realización de excursiones botánicas en las afueras del núcleo urbano (7), inspiraron seguramente la expedición a Argelia y al desierto del Sáhara, que realizaron otra vez conjuntamente Rikli y Schröter dos años después.

4. La identidad de los expedicionarios

Esta cuestión ha sido abordada en sus respectivas investigaciones por Mayer y González Lemus. Los resultados que estos investigadores presentan ahí vienen a ser una recopilación de los datos contenidos de manera dispersa en el texto de Schröter, del que sabemos que el número total de participantes en la expedición ascendió a 34, aunque la información sobre su identidad es muy difusa. Mayer aporta una relación de 11 personas y González Lemus llega a 12, en ambos casos incluyendo a los directores del viaje. Ahora bien, las

menciones que hace Schröter de estos participantes en el viaje son casi siempre insuficientes para identificarlos de manera definitiva, pues, en la mayoría de los casos, facilita o bien sólo su apellido o bien la mera inicial del nombre junto al apellido, lo cual no es, en modo alguno, suficiente para su identificación completa; las relaciones aportadas por Mayer y González Lemus adolecen, obviamente, de esa misma carencia. Recurriendo a numerosas fuentes, entre las que destacamos otra vez las actas del Consejo de Gobierno, las hemerotecas locales, los registros de matriculaciones de instituciones universitarias suizas, así como otros testimonios directos sobre el viaje que habían pasado desapercibidos hasta ahora, nos ha sido posible completar los datos que faltaban en las relaciones de Mayer y González; y además hemos tenido la fortuna de identificar a otros 11 expedicionarios más. Ello permite hablar ahora de un total de 23 expedicionarios inequívocamente identificados con sus nombres y apellidos completos: Martin Rikli, Carl Schröter, Ernst Waser, Arthur Stoll, Otto Schüepp, Eduard Rübel, Carl Seelig, Paul Bohny, Willy Lange, Frans van Oostrom Meyjes, Walter Schürmann, Joseph Businger, Robert Lauterborn, Roman Frei, Otto Appel, Oskar Kirchner, Josef Felix Pompeckj, Johannes Naef, Friedrich Fedde, Max Schultze, Andreas Gutzwiller, Emil Kuenzli, Eugen Bolleter (8). Muchas de estas personas ya eran científicos consagrados en el momento del viaje como es el caso del zoólogo y biólogo alemán Robert Lauterborn (1869-1952) o el de Friedrich Fedde (1873-1942) editor de las revistas *Just's Botanischer Jahresbericht* y *Repertorium specierum novarum regni vegetabilis*, ambas de reconocido prestigio entre los botánicos de la época. Muchos, naturalmente, eran todavía estudiantes; de entre ellos destacaría algo más la figura de Arthur Stoll (1887-1972), estrecho colaborador, primero, del nobel en química Richard Willstätter y que, después, desarrolló una brillante carrera en la multinacional *Sandoz* de la que finalmente fue director general y presidente.

De momento se sabe que ocho de estos expedicionarios han dejado testimonio escrito de la expedición a Canarias bien en forma de relato o informe de viaje, bien como artículo científico especializado. Se trata de los siguientes: el ya mencionado texto de Carl Schröter *Eine Exkursion nach den Canarischen Inseln*; Martin Rikli no escribió ningún informe particular sobre el viaje, aunque su publicación aparecida en 1912, *Lebensbedingungen und Vegetationsverhältnisse der Mittelmeerlande und der atlantischen Inseln*, contiene un capítulo exclusivamente dedicado a la flora canaria y acompañado de fotografías tomadas por miembros de la expedición que, aunque no haga mención explícita a la estancia con el grupo en las Islas, claramente tiene en esta experiencia su motivación; conocidos –aunque apenas tenidos en cuenta–

por González Lemus son también los relatos de Eugen Bolleter *Bilder und Studien von einer Reise nach den Kanarischen Inseln* y de Emil Künzli *Ueber Spanien und die marokkanische Küste nach Teneriffa*, este último, de especial interés por ser el que con más detalle cubre todas las etapas de la expedición desde la ida hasta la vuelta; habían pasado desapercibidos hasta ahora los textos de Paul Bohny, *Eine Fahrt nach den kanarischen Inseln* y de Andreas Guztwiller, *Eine Studienreise nach den canarischen Inseln*, ambos relatos más cortos en comparación con los anteriores, pero muy valiosos por contener detalles novedosos sobre el desarrollo de la expedición; asimismo desconocidos hasta ahora son los textos *Beiträge zur Kenntnis des photochemischen Klimas der Canaren und des Ozeans*, de Eduard Rübel, y *Ueber ein Sediment auf Tenerife (Canaren)*, de Max Schultze. En el caso de los dos últimos, se trata de artículos netamente científicos, el primero, con meticulosas mediciones de la luminosidad realizadas diariamente durante la trayectoria marítima a las Islas y la estancia ahí, y el segundo, con una comunicación sobre el descubrimiento de una capa de sedimento arenoso de origen marino encontrada en un barranco en las afueras de la localidad tinerfeña de Tejina.

5. Estancia en Gran Canaria

El vapor que traía a la expedición entra en aguas canarias el 28 de marzo de 1908. Venía desde Marruecos y, bordeando las costas de Fuerteventura y Lanzarote, atracaba en el muelle de La Luz avanzada la tarde de aquel mismo día. Aunque el objetivo didáctico principal del viaje se situaba en la isla de Tenerife, se hizo una corta escala de apenas un día en Gran Canaria, donde fueron recibidos por una avalancha de vendedores y agentes de todo tipo de servicios como recuerdan, con cierto disgusto, algunos de los miembros del viaje (Gutzwiller 1909: 6; Bohny 1909: 143). Didácticamente, la estancia duró lo suficiente para realizar una caminata botánica a la Isleta muy temprano la mañana siguiente. Nada más dejar atrás el rudimentario barrio portuario, se adentraron en el paraje deshabitado de las colinas de la Península, lo que supuso el primer contacto con la geología volcánica y la flora xerofita canaria, de cuyos ejemplares más representativos, la tabaiba, el cardón o el balo, aportan los nombres españoles (Bohny 1909: 144; Schröter 1909: 19, 20). Schröter apunta además que un grupo de niños harapientos de las cercanías los acompañan durante la excursión y con mucho regocijo se esmeran en instruir a los visitantes en los nombres autóctonos de las especies, lo que le induce a calificarlos como «treffliche Botaniker», o sea, excelentes botánicos (1909: 20).

Las actividades en Gran Canaria no se limitaron a dicha excursión en La Isleta tal como se había pensado ahora, ya que el texto de Schröter se limita

exclusivamente a ese evento. Gracias a la narración de Gutzwiller (1909: 6) sabemos que una parte del grupo –compuesta muy probablemente por profesores y, por tanto, algo menos sometidos a la disciplina programática– optó por hacer una visita a la capital grancanaria:

Un tranvía nos lleva hasta allí enseguida. No en vano lleva la ciudad el nombre de Las Palmas: palmeras datileras y canarias, aisladas o en grupo, adornan jardines y plazas públicas, mezclándose, entre otros árboles, con pándanos, eucaliptos y araucarias. La mayoría de las casas tienen azoteas y la ciudad, sita en una ladera empinada y dividida en dos partes por un barranco, cuenta con una imponente catedral y tiene un aire casi oriental. Aunque hoy es domingo, el mercado de verduras y el de pescado están repletos de vendedores que ofertan sus maravillas al público; en los puestos de verdura, hermosas papas, cebollas y ajos llaman especialmente la atención por su frescura.

La expedición aprovechó el corto tiempo que duró la estancia en la isla, puesto que a las diez de aquella misma mañana regresaron todos al Villaverde para tomar rumbo a Tenerife.

6. Estancia en Tenerife

El mal estado de la mar, así como la comida a bordo habían sido la causa de una serie de incomodidades sufridas durante todo el trayecto. Las grandes expectativas que albergaban los expedicionarios al igual que la alegría de saber finalmente cerca el destino anhelado quedan perfectamente recogidas en las siguientes líneas de Künzli (1909: 29):

Todos nos congregamos en el lado de estribor para ver con los propios ojos la tan anhelada montaña, cuyo ascenso teníamos en mente desde el principio como el punto culminante de todo el viaje. En ese momento ya olvidamos todo lo desagradable: los padecimientos con que se homenajea al dios Neptuno, las torturas que la cocina española nos causó a algunos, las insidias del océano que sufrimos frente a Casablanca. ¡Ahí estaba, por fin, la montaña!

El Villaverde echó anclas en la rada de Santa Cruz de Tenerife el 29 de marzo de 1908 con lo que comenzaba una estancia que iba a durar casi tres semanas. Como quiera que se alargaban los trámites de la dirección de sanidad portuaria, una embarcación con representantes de la colonia suiza y alemana residente en la isla se acercó para darles la bienvenida y, cuando ya pudieron pisar tierra, una comitiva encabezada por Joaquín Santos Ecay, el gobernador civil, y Juan M. Ballester, el alcalde accidental de Santa Cruz, se encargó de la recepción oficial.

Esa misma tarde, después de los agasajos oficiales, la expedición se desplazó en tranvía hasta La Laguna, lugar elegido para la primera pernociación, concretamente en el Hotel Tenerife y el Hotel Agüere. A la mañana

siguiente, después de visitar el Instituto de Secundaria y el drago del Seminario, se dirigieron a pie al bosque de laurisilva de La Esperanza, donde toman buena nota de las especies florales, entre las que merecen su especial atención el acebo y el viñátigo. La marcha prosigue hasta La Matanza, pueblo en el que les aguardaba una fila de coches tirados por mulos con los que cubren el tramo final hasta el Hotel Taoro de Puerto de la Cruz, que en aquellos años llevaba el nombre alemán de Kurhaus Hotel Humboldt, pues era la empresa alemana *Kurhaus Betriebsgesellschaft*, dirigida por el Dr. Gotthold Pannwitz, la que lo explotaba. Si bien la historia de este establecimiento no está falta de episodios de gran inestabilidad en su gestión, el servicio que se les dio a los suizos fue excelente a juzgar por sus comentarios (Künzli 1909: 50):

[...] fuimos exquisitamente acogidos y tratados con amable deferencia. Y ello teniendo en cuenta que semejante tropel de viajeros con sus colecciones de muestras y sus investigaciones exigen de la dirección y el personal del hotel más que los clientes habituales, por lo que algunos hoteles los encuentran molestos. Pero el Kurhaus Humboldt se mostró digno de su nombre, apoyando nuestras pretensiones en todos los aspectos.

Este establecimiento sería el cuartel general de la expedición desde el que hicieron la mayoría de sus excursiones didácticas. La agenda programática se había diseñado en torno a tres grandes excursiones: la exploración del litoral noroeste, la subida al Teide y el Macizo de Anaga. Entre estas, se realizaron numerosas visitas, que al requerir menor desplazamiento, se pueden considerar actividades menores, pero cuya rentabilidad didáctica fue igualmente de gran valor como veremos más adelante. En este sentido, hay que añadir que, paralelamente a las excursiones, la reflexión y el debate académico sobre aspectos relacionados con lo visto durante las excursiones formaban igualmente parte de la agenda de trabajo y tienen su reflejo en los textos.

6.1. Excursiones al litoral noroeste

La primera de las grandes excursiones es la que se realizó al litoral noroeste tinerfeño, comenzó el 2 de abril y duró tres días. Los directores del viaje tuvieron en cuenta que entre los participantes, además de los estudiantes, había profesores ya no tan jóvenes, por lo que una buena distribución de las excursiones y los tiempos de descanso era esencial. En este sentido esa primera salida también tenía como objetivo preparar a los expedicionarios para los esfuerzos que exigía la subida al Teide (Bohny 1909: 152). El tramo inicial se realizó con siete carros tirados por tres mulas cada uno. Sobre el mediodía ya habían visitado Los Realejos y San Juan de la Rambla, así que la caravana siguió su camino hacia Icod de los Vinos. Después de examinar el famoso drago del lugar, el grupo se dividió por la tarde: los botánicos se dispusieron

a inspeccionar la morfología vegetal de los barrancos adyacentes, mientras que el grupo de geólogos y geógrafos emprendió camino a Garachico para estudiar la colada lávica producida por la erupción del volcán Trevejo en 1709. Para las pernoctaciones se habían reservado habitaciones en dos modestas fondas. La siguiente jornada tenía como temas centrales la visita de Garachico —ya de todo el grupo junto— y las plantaciones de azúcar de Los Silos, todo el trayecto de ida y vuelta a pie. Aquella misma noche el ayuntamiento de Icod de los Vinos les brindó un pequeño concierto sorpresa por parte de la banda municipal, aunque algunos de los mayores ya estaban demasiado agotados para participar en la amenidad (Gutzwiller 1909:19):

El sol quemaba con fuerza y no había ni pizca de brisa fresca que nos refrescara: sudamos la gota gorda hasta que llegamos de nuevo a Icod. La noche fue espléndida y, aunque el alojamiento era regular, enseguida caí en un sueño reparador, mientras el resto de nuestro grupo de viaje recibía los saludos del alcalde y se deleitaba con la banda municipal.

Para el retorno al Hotel Humboldt al día siguiente, el grupo se dividió nuevamente en dos, de manera que los expedicionarios de más edad pudieran optar por el camino más cómodo a lo largo de la costa, mientras que el resto, según lo establecido en la programación, tomó un rodeo subiendo hacia el pinar de la Guancha para estudiar las propiedades del monte bajo y del pino canario.

6.2. Subida al Teide

El 6 de abril fue el día elegido para el evento estelar de todo el viaje: subir al Pico. Un total de 40 personas participaron en aquella salida; de estas, 13 eran arrieros, por lo que sabemos que, al menos, 7 expedicionarios desistieron: sin duda, otra vez los de mayor edad por temor a no disponer de la suficiente energía, como se desprende de los pensamientos de Gutzwiller (1909:17), quien, no obstante, finalmente sí participó:

Yo estaba indeciso entre si participar en la excursión o si no sería mejor seguir descansando. Aunque esta segunda opción era más cómoda, la primera prometía ser una gran experiencia y si, al final, no consiguiéramos alcanzar la cima, aun el camino hasta el pie del cono era tan hermoso que la excursión valía la pena.

Los arrieros estaban al cargo de un total de 26 mulos: 10 para transportar alimentos, agua y tiendas de campaña; los restantes 16, para servir de montura a los expedicionarios; el resto de académicos participantes en la subida prefirió subir a pie para ahorrar dinero, como aclara Künzli (1909: 57), lo que indica que muy probablemente se tratara de estudiantes. Ejercía de práctico José Bethencourt, padre del que después también habría de convertirse en guía de reconocida capacidad, José Bethencourt Miranda.

La ruta elegida correspondía básicamente con el primer y segundo tramo de lo que se conoce como Camino de Chasna, trayecto que unía La Orotava con la localidad de Vilafior, al sur de la isla. Después de aproximadamente ocho horas de subida cruzaron El Portillo a las tres de la tarde para acceder a la explanada de Las Cañadas y, dos horas más tarde, hicieron alto en el lugar llamado Risco Verde, donde se encontraba la cueva usada por Graham Toler. Puesto que no había suficiente sitio para acoger a todos en la cueva y en las tiendas de campaña, Schröter optó por pasar la noche al aire libre. Aquella noche también comenzaron a aflorar algunos roces entre expedicionarios y arrieros, ya que, según Bohny (1909: 157), estos se habían bebido el agua de los barriles de reserva. Al día siguiente, retomaron la marcha en dirección hacia la Fuente de la Grieta, donde después de repostar agua, abandonaron la explanada de Las Cañadas para acometer la subida al pico desde el paso de Guajara. Es en ese momento cuando una parte del grupo, entre los que se encontraba Gutzwiller, opta por no seguir y descender por la Ladera de Tigaiga. Sobre el mediodía, el resto de la expedición estaba ya en Montaña Blanca, a 2.700 metros de altura y desde donde la ruta ascendía en pendiente de hasta 30 grados. Tres horas más tarde alcanzaron finalmente el refugio de Altavista a 3.270 metros, descargaron las mochilas y, después de un descanso, acometieron la subida final bajo la guía de José Bethencourt, pero ya sin arrieros y sin mulos. Sobre las seis de la tarde y sin mayores incidencias conquistan el Pico sobrecogidos por la espectacular visión que se abría ante ellos (Bolleter 1909: 41):

Estábamos conmovidos por la solemnidad del momento, la majestuosidad del lugar, lo extraño y el esplendor de los fenómenos naturales, la profunda soledad que nos envolvía y la enorme amplitud de la panorámica: estábamos contemplando un área que abarcaba el doble de extensión que toda Suiza.

Sin olvidar sus obligaciones académicas, al rato, ya estaban entregados a sus actividades científicas recogiendo muestras y realizando mediciones. No obstante, cumplida su misión académica y consciente de la singularidad de aquella experiencia, volvieron a formar grupo (Bolleter 1909: 41):

Salta un corcho y de mano en mano una copa de burbujeante vino espumoso hace su ronda. Luego, entonamos una canción de nuestro país: seguro que era la primera vez que en el Teide surgía una canción de tantas gargantas.

Pasaron la noche en el refugio de Altavista, aunque Carl Seelig, el alpinista de la expedición, decidió dormir solo en el Pico, para realizar mediciones de temperatura y observar la dirección del viento durante las horas de madrugada. Para la bajada al día siguiente, Bethencourt eligió una ruta diferente. Salieron de Las Cañadas por el paso al pie del Risco de la Fortaleza para enlazar después con el camino de la Ladera de Tigaiga hasta bajar a Icod el Alto. Ya anocheciendo retornan finalmente tras un descenso de doce horas al Hotel Humboldt.

6.3. Marcha a través del Macizo de Anaga

Para emprender la última de sus tres grandes excursiones, la expedición se despidió el 12 de abril definitivamente del Valle de Orotava y del Hotel Humboldt, para marchar en dirección a La Laguna, que volvía a ser etapa intermedia. Aunque no dispongamos de datos explícitos, debieron de alojarse nuevamente en el Hotel Tenerife, a juzgar por el hecho de que Willhelm Jähnel, al frente de dicho establecimiento, acompañó a los expedicionarios durante la primera parte de la excursión. Después de un día descanso, la expedición iniciaba su marcha para adentrarse en el Macizo; al igual que en otras ocasiones, algunos miembros prefirieron no participar como nos informa Gutzwiller (1909: 27); de hecho, sólo trece expedicionarios disponían aún de la energía necesaria para la última gran caminata. Ascendiendo la cordillera de Anaga llegaron al primero de sus objetivos de etapa, el bosque de laurisilva de Las Mercedes. Alcanzan la máxima altura en la Cruz del Carmen, aproximadamente a 900 metros de altura, donde después de un almuerzo servido por el gerente del Hotel Tenerife, descendieron por un sinuoso sendero hasta el pueblo de Taganana. Eran las cinco y media de la tarde, pero, a pesar de lo previsto, no había alojamiento para todos y ya era peligroso seguir la marcha sin contar con un guía experto. Fue entonces cuando apareció un guarda forestal enviado por el gobernador civil para guiarlos y procurarles un sitio para la pernoctación. Se retomó la marcha en dirección hacia la costa, donde bordeando el escarpado litoral noreste subieron finalmente un estrecho barranco hasta llegar, ya de noche, a la hacienda del Draguillo, donde un campesino les ofreció alojamiento.

Al día siguiente emprendieron el camino de vuelta a Santa Cruz atravesando de norte a sur la cordillera de Anaga. Después de una marcha con escaladas considerables de 600 metros de altura llegaron a la localidad de Igueste desde la que prosiguieron por una serpenteada carretera hasta la población costera de San Andrés, donde una embarcación los llevó finalmente a Santa Cruz, punto de reunión también con los demás miembros de la expedición. De los últimos días de estancia en la isla, pasados íntegramente en Santa Cruz, cabe destacar la visita a instituciones, museos y edificios emblemáticos en un recorrido cultural bajo la guía de los concejales de la ciudad.

7. Relación con personas residentes en Canarias

Como ya adelantamos, hubo numerosas excursiones a las que etiquetamos de 'menores' por no conllevar grandes desplazamientos, pero que, en modo alguno, fueron menos enriquecedoras. No cabe el espacio para detenernos en cada una de las visitas didácticas que realizaron los expedicionarios en los

alrededores del valle de Orotava y en las costas de Puerto de la Cruz o en los colegios de diferentes municipios. En su lugar, y a modo de ejemplo, comentaremos los contactos que tuvieron con algunas personas de Tenerife. Algunas excursiones menores tienen que ver con estos contactos que, asimismo, ejemplifican cómo se produjo el trasvase de conocimientos entre visitantes y lugareños.

7.1. Hermann Wildpret (1834-1908) y el Jardín Botánico

Cuando se produjo la visita de la expedición Rikli-Schröter, este suizo afincado en Tenerife desde el año 1856, ya estaba retirado de su ocupación como maestro jardinero del Jardín de Aclimatación de Orotava, comúnmente conocido como Jardín Botánico de Orotava. El primer contacto con los expedicionarios tuvo lugar, como adelantamos, el día de su llegada a la isla, y, si hemos de ser exactos, incluso antes de que pisaran tierra, ya que Hermann Wildpret se encontraba en la embarcación que se acercó al Villaverde para darles la bienvenida. La visita al famoso jardín se realizó al inicio de la estancia en el Puerto de la Cruz y el propio Wildpret se encargó de hacer de guía. Aquella misma noche la familia Wildpret invitó a los expedicionarios a su casa, donde todos vivieron una emotiva velada en la que el ya anciano jardinero compartió detalles de su vida privada y profesional en Tenerife –sin ahorrar tampoco en aspectos negativos relacionados con el trato que le dio la administración española– y que le sirvieron a Bolleter para redactar el capítulo 5 de su relato, dedicado íntegramente a la vida y obra botánica de su compatriota. El afecto por la persona y la admiración por la labor de Wildpret, que falleció algunos meses después de la partida de los suizos, quedan patentes en las siguientes líneas (Bolleter 1909: 109):

Bajos sus manos expertas el Jardín [Botánico] adquirió enorme relevancia científica, se convirtió en un ejemplo de lo que representa la flora subtropical, del que todos los visitantes hablan con palabras de entusiasmo. Además del Pico del Teide, no existe otra cosa en Tenerife que haya sido descrita tantas veces y con tanto detalle como el Jardín Botánico de Orotava, a cuyo creador no se le menciona sino con elogios.

7.2. Oscar Burchard (1863-1949)

Este químico, meteorólogo y botánico alemán, que había fijado en 1903 definitivamente su residencia en Tenerife después de una estancia anterior, fue probablemente el principal asesor local de la expedición en lo que a asuntos científicos se refiere. Posiblemente el primer contacto con él se produjera en alguna de las visitas que los suizos realizaron a jardines privados en el valle de la Orotava durante los días iniciales, entre los que efectivamente se

encontraba el de Burchard (Künzli 1909: 80-81). Muchos de los datos climatológicos sobre Tenerife que aparecen en los textos de los expedicionarios (Gutzwiller 1909: 9) se basan en información procedente del científico alemán, quien era el responsable de una estación meteorológica emplazada en la isla y que dependía de la *Deutsche Seewarte*, el Observatorio meteorológico de Hamburgo. Burchard era un naturalista con amplio espectro de actividades: así por ejemplo, tomaba anotaciones sobre el comportamiento de las aves migratorias que pasan por las Islas, que fueron aprovechados por los expedicionarios como argumentos (Schröter 1909: 21-22; Bolleter 1909: 69) en su discusión académica sobre el origen de la flora canaria, una de las cuestiones científicas más debatidas dentro del grupo. Compartió generosamente sus pensamientos con Schröter, tanto es así que algunas de sus ideas sobre las ventajas de instalar una estación meteorológica en la zona del refugio de Altavista aparecen en el texto de Schröter (1909: 59), antes de que las publicara el propio Burchard en un artículo con motivo de la inauguración del observatorio de Las Cañadas (1910: 22-23). El meteorólogo alemán acompañó además a los expedicionarios, al menos, en una de sus excursiones, en concreto, la que emprendieron a Icod de los Vinos, en la que además les sirvió de intérprete (Schröter 1909: 27).

7.3. Jorge Víctor Pérez Ventoso (1860-1920)

Era el hijo mayor del prestigioso médico palmero Víctor Pérez González y ejercía, él mismo, también como tal en el Hotel Humboldt cuando la expedición se hospedó ahí durante la estancia en el Puerto de la Cruz. Si bien las referencias expresas a su persona sólo se encuentran en el texto de Schröter (1909: 3, 20), la huella del contacto con la familia Pérez es claramente perceptible en los textos de otros miembros de la expedición. Conocida es sobre todo la visita a la finca platanera que poseían los Pérez en el valle de La Orotava y a la que hace referencia también el periódico *El Progreso* en su edición del 2 de abril de 1908. En aquella ocasión fue el sobrino de Pérez Ventoso, al que Künzli se refiere como el 'Sr. Machado' (1909: 64-65) (9), el que les explicó de manera detallada todo el proceso de cultivo, cosecha y empaquetado de plátanos así como los precios de venta e incluso los costes de producción, de lo que dan buena cuenta tanto Künzli como Bohny (1909: 151-152), aunque este último no mencione a su fuente. La aportación de Pérez Ventoso se manifiesta en varias ocasiones más, por ejemplo, cuando Schröter (1909: 49) explica las particularidades del tagasaste como planta de cultivo o cuando se refiere a una lista con 181 nombres autóctonos de plantas que le habría facilitado el facultativo tinerfeño.

7.4. Jacob Ahlers (1876-1950)

El hecho de que en el viaje de estudios participaran numerosos docentes universitarios alemanes junto a la circunstancia de que en Tenerife no existía representación consular helvética, pero sobre todo la lengua y cultura común propiciaron la estrecha colaboración entre este cónsul alemán y la expedición suiza, de hecho se encontraba en la embarcación de bienvenida junto a Wildpret. Ahlers había llegado a la isla en 1898. Como representante de navieras y cónsul honorario de Alemania, era un excelente conocedor de la isla y, por tanto, un asesor ideal para los directores del viaje. Schröter (1909: 3) le agradece su «ayuda incansable» de lo que se puede deducir que él les asesoró a la hora de organizar sus actividades y que muy probablemente fuera él, quien les propició los contactos con personas como Burchard o Pérez Ventoso. En las fuentes, la ayuda prestada por el cónsul se concretiza en los datos relativos a las cifras de exportación de productos agrícolas tinerfeños, que algunos de los expedicionarios reprodujeron en sus textos con la aclaración de que proceden del informe anual del consulado alemán en Santa Cruz (Gutzwiller 1909: 27).

Conclusiones

Mediante la utilización de fuentes documentales nuevas ha sido posible aclarar diversos aspectos relacionados con la expedición de la Politécnica de Zúrich que en estudios anteriores no habían sido tratados de manera concluyente. Las actas del Consejo de Gobierno, así como diversos testimonios directos de miembros de la expedición, que, hibernando en listados bibliográficos alemanes, habían pasado desapercibidos, resultaron ser fuentes altamente valiosas.

Se ha podido esclarecer cuál fue la implicación concreta de la Politécnica en el viaje y también los antecedentes inmediatos que llevaron a la elección de Canarias como destino de la expedición. Esto, a su vez, contribuye a comprender mejor esa faceta esencialmente didáctica del viaje de estudios Rikli-Schröter y que marca un antes y después en la literatura de viajes sobre Canarias escrita por científicos germanoparlantes.

La presentación ordenada de la ruta elegida por los directores del viaje enlaza también con esta cuestión al poner de manifiesto cómo la inclusión de Canarias se enmarca dentro del contexto mayor de una época de renovación de la enseñanza universitaria en el continente europeo, mientras que el resumen de las excursiones realizadas en Tenerife y en Gran Canaria, además de poner de relieve lo más destacado de sus actividades, incluye algunos datos nuevos relativos a la organización logística de los eventos.

En cuanto a la identificación definitiva de un total de 23 miembros de la expedición, entendemos que, si bien falta por determinar la identidad de los restantes 11, supone un avance en la labor iniciada por trabajos anteriores y, al mismo tiempo, abre nuevas posibilidades de investigación.

Con el somero repaso, finalmente, de los contactos surgidos entre expedicionarios y personas residentes en Tenerife se ha intentado subrayar la importancia de este tipo de encuentros como plataforma para la transferencia y la divulgación de conocimientos.

Notas:

- (1) Entre otros autores se han ocupado del estudio de estos viajeros: Ulbrich 1989; Sarmiento Pérez 2005; Tabares Plasencia, Sarmiento Pérez & Batista Rodríguez 2009 y Hernández Socas 2010.
- (2) Esta expedición a Lanzarote ha sido estudiada por Sarmiento Pérez (2011).
- (3) Cuando no se indique la referencia bibliográfica de una traducción publicada, las traducciones son nuestras, y se mantienen las referencias del propio texto original alemán.
- (4) Alexander Mayer (1994) aborda esta expedición en uno de los capítulos de su Memoria de Licenciatura *Deutschsprachige Reisende auf den Kanarischen Inseln*; lo hace también Nicolás González Lemus en diferentes ocasiones, de las que destacamos los apartados que le dedica en (2006) *El Teide y la aventura astronómica en Canarias* y en (2008) *La mirada inacabada*. La prácticamente única fuente a la que recurren ambos investigadores es el texto de Carl Schröter (1909) *Eine Exkursion nach den Canarischen Inseln*, por lo que sus conclusiones sobre la expedición dejaban muchas cuestiones abiertas. De dicho texto existe una excelente traducción al español de Lázaro Sánchez-Pinto (2007) con un interesante prólogo en el que subraya la faceta didáctica de aquella visita a Canarias.
- (5) En relación a la Fundación Albert Barth, las gestiones comienzan con la sesión del 3 de diciembre 1906 y, en lo que se refiere a la Fundación Huber, con la del 17 de noviembre de 1900.
- (6) Cf. Mayer (1994: 386); la postura de González Lemus (cf. 2003: 205; 2006: 181-182; 2008: 280) es poco clara, además de cometer errores en la grafía de los nombres, se decanta por un papel ora más destacado, ora de menor importancia en lo que se refiere a la persona de Carl Schröter.
- (7) El bombardeo y la ocupación francesa de Casablanca como represalia a violentos levantamientos por parte de la tribu nativa de los Chaouia había tenido lugar meses antes. Para más detalles sobre la incidencia de estos hechos en la expedición Rikli-Schröter, cf. Lee Lee 2014: 162-163.

- (8) Para detalles sobre la relación de cada una de estas personas con la expedición así como sus esbozos biográficos, cf. Lee Lee 2014.
- (9) Por diversas razones biográficas tendemos a pensar que, de los cinco hijos que tenía Ángela, la hermana de Jorge Víctor, debe de tratarse del mayor de ellos, Juan Felipe Machado Pérez-Ventoso.

Referencias bibliográficas

- Bohny, P. (1909): Eine Fahrt nach den kanarischen Inseln», Jahrbuch des Schweizer Alpenclub. 44. Jahrgang. 1908 bis 1909. (Stämpfli & Cie), Bern, 131-160.
- Bolleter, E. (1909): Bilder und Studien von einer Reise nach den Kanarischen Inseln. (P. Pabst), Leipzig.
- Burchard, O. (1910): «Zur Klimatologie von Teneriffa», Meteorologische Zeitschrift. Jahrgang 27. (Borntraeger), Stuttgart, 19-23.
- González Lemus, N. (2003): Viajeros, naturalistas y escritores de habla alemana en Canarias. (100 años de historia, 1815-1915). (Ediciones Baile del Sol), Tenerife.
- González Lemus, N. (2006): El Teide y la aventura astronómica en Canarias. Charles Piazzi Smyth y el nacimiento de la astronomía isleña. (Anroart Ediciones, S. L.), Las Palmas de Gran Canaria.
- González Lemus, N. (2008): La mirada inacabada. Naturaleza y sociedad canaria vistas por viajeros alemanes (desde Humboldt a Pannwitz). (Ayuntamiento de la Villa de La Orotava), La Orotava.
- Gutzwiller, A. (1909): Eine Studienreise nach den canarischen Inseln. (Buchdruckerei Emil Birkhauser), Basel.
- Künzli, E. (1909): Ueber Spanien und die marokkanische Küste nach Teneriffa. (Buchdruckerei Vogt & Schild), Solothurn.
- Hernández Socas, E. (2010): Las Islas Canarias en viageras de lengua alemana. (Peter Lang), Frankfurt am Main.
- Lee Lee, X. (2014): La expedición de Martin Rikli y Carl Schröter en 1908. Primer viaje de estudios del ámbito germanoparlante a Canarias. (Peter Lang), Frankfurt am Main.
- Mayer, A. (1994): Deutschsprachige Reisende auf den Kanarischen Inseln (1799-1914). 2 Bände. (Memoria de licenciatura inédita), (Universität Wien), Wien.
- Rikli, M. (1912): Lebensbedingungen und Vegetationsverhältnisse der Mittelmeerländer und der atlantischen Inseln. (Verlag von Gustav Fischer), Jena.
- Rikli, M. (1948): Erinnerungen aus meinem Studienjahr in Berlin. (Buchdruckerei Kühn & Co.), Schaffhausen.
- Rübel, E. (1909): «Beiträge zur Kenntnis des photochemischen Klimas der

- Canaren und des Ozeans», Vierteljahresschrift der Naturforschenden Gesellschaft Zürich. Band 54. (Beer & Co.), Zürich, 289-308.
- Sarmiento Pérez, M. (2005): Las Islas Canarias en los textos alemanes (1494-1865). Anroart Ediciones, Las Palmas de Gran Canaria.
- Sarmiento Pérez, M. (2011): La expedición científica de Ernst Haeckel a Lanzarote (1866-67). Las Canarias en la Teoría de la Evolución. Libros ENCASA / Fundación Canaria Orotava de la Historia de la Ciencia, Málaga.
- Schröter, C. (1909): Eine Exkursion nach den Canarischen Inseln. (Rascher & Co.), Zürich.
- Schröter, C. (2007 [1909]): Una excursión a las Islas Canarias. Traducción y prólogo de Lázaro Sánchez-Pinto. Idea, Santa Cruz de Tenerife.
- Schultze, M.: «Ueber ein Sediment auf Tenerife (Canaren)», Zeitschrift der Deutschen Geologischen Gesellschaft. Band 60. (Schweizerbart), Stuttgart, 243-246.
- Tabares Plasencia, E. / Sarmiento Pérez, M. / Batista Rodríguez, J. J. (2009): Viajeros de lengua alemana en el siglo XIX en Canarias: balance y perspectivas. En: Raposo Berta, Ingrid García Wistädt (eds.): Viajes y viajeros entre ficción y realidad. Alemania- España. Publicaciones Universidad de Valencia, 181-191.
- Ulbrich, Hans-Joachim (1989): Bibliographie der Kanareninsel Lanzarote inklusive Isletas.- "Bibliographie einer Insel" Bd. 5 (Verlag Petersen-Roil), München
